
Un Joven Distinguido (Visto Desde sus Pensamientos)

José María de Pereda

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 5859

Título: Un Joven Distinguido (Visto Desde sus Pensamientos)

Autor: José María de Pereda

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 17 de noviembre de 2020

Fecha de modificación: 17 de noviembre de 2020

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

I. En un cuarto de una fonda

No me digan a mí (*enfrente del espejo y en ropas menores*) que aquellos hombres de anchas espaldas y robusto pecho, que gastaban gabanes de acero y pantalones de hierro colado, eran el tipo de belleza varonil... Serían, todo lo más, forzudos; pero ¿elegantes?... ¡bah!... Hay que desengañarse: es mucho más hermosa la juventud de ahora... ¿Qué hay que pedir a esta pierna larga y delgada, como un mimbres?, ¿a este brazo descarnado y suelto, como si no tuviera coyunturas?, ¿y a este talle que se cimbréa?, ¿y a este pescuezo de cisne?... ¡Si no fuera por esta pícara nuez! Pero se me ha corregido mucho, y a la hora menos pensada desaparece por completo. De todas maneras, la cubriré con la barba... cuando la tenga... Y en verdad que sentiré tenerla, porque con ella perderá el cutis su frescura: ¡cuidado si es fresco y sonrosado mi cutis! ¡Si estuviera la cara un poco más llena de carnes y fueran los dientes algo más blancos y menudos!... porque con estos ojos rasgados, este bigotillo de seda y este pelo negro echado hacia atrás... ¡Qué hermosa frente tengo!... Y eso que no es muy ancha... Bien. Ahora el traje *amelí* de *negligé*. ¡Qué bien cae el pantalón sobre los pies! Me gustan estas campanas tan anchas, porque tapan los juanetes. ¡Pícaros juanetes! ¿Por qué he de tener yo juanetes como un hombre vulgar?... No sé si me ponga el sombrero de paja a la marinera, o el de fieltro. Como es por la tarde... Me decido por el de paja. No viste tanto, pero me va muy bien... Ahora los guantes de piel de Suecia, el bastón de espinoso ruso... Y a la calle... Vaya antes una mirada general... ¡Intachable!... ¡Cómo se nos conoce en el aire a los chicos distinguidos!... ¡Por cierto que estos provincianos de Santander tienen un afán de arrimarse a uno!... Y luego serán capaces de quejarse si se les da un desaire... Pues no me hace gracia esta corbata: no juega bien con el traje. La cambiaré. Afortunadamente tengo en qué escoger. Papá se propuso sin duda que en esta primera salida mía a provincias dejara yo el pabellón bien puesto, y nada me ha escaseado. Corresponderé, papaíto, a tus propósitos, y la fama te dirá luego quién es

tu hijo. Así están más en armonía los colores; y hasta las puntas sueltas dicen mejor a este traje que el nudo armado... Probablemente me estarán esperando en el Sardinero Casa-Vieja, Monteoscuro, Prado-verde y Manolo Cascajares... Y hoy me hacen suma falta para que me ayuden a averiguar quién es aquella hechicera y distinguida rubia que paseaba ayer tarde con las de Potosí. Cuando quise acercarme a ellas para saberlo, se metieron en un carruaje, y perdí la pista... Tres veces me miró ¡tres!, pero ¡con qué intención!... Lo raro es que yo no la conocía hasta entonces... Acaso ella me haya visto antes en alguna parte: esto es lo más probable... En lo que no cabe duda es en que las de Potosí la habrán dicho quién es papá; por consiguiente tengo andada la mayor parte del camino, y mis relaciones con ella son seguras... Lo siento por el desengaño que van a llevarse mis dos conquistas del Muelle. ¡Pobres chicas! Pero ellas se lo han querido. A la tercera vez que pasé bajo sus balcones, ya me devoraban con los ojos... Y el caso es que son muy bonitas... Si se conformaran con el segundo puesto que les corresponde en mi corazón. ¡Corazón! Pero ¿le tienes tú, acaso, joven voluble?... ¡Y ellas que aspiran a conquistar el primero! Tendría que oír lo que se dijera de mí en Madrid este invierno, si me presentara en el gran mundo con la historia de dos conquistas provincianas por botín de mi campaña veraniega. ¡Yo que soy uno de los chicos de moda y de más porvenir!... En fin, por de pronto martiricémoslas un poco, y enseñemos a estos cursis montañeses algo de lo que vale y puede un joven de la buena sociedad madrileña.

II. En la calle

Antes de acometer el asunto principal de mi empresa de hoy, hagamos un poco de prólogo por el interior de la ciudad. Éntrome por la calle de San Francisco... ¡Vulgo, vulgo todo! Modistillas, horteras, traficantes que van y vienen, y algunas señoras cursis... Aquellos tres chicos con humos de elegantes van a querer arrimarse a mí... Haré que no los veo, poniéndome a mirar esta vidriera... Ya pasaron... Me carga esta gente por lo pegajosa que es... No sé por qué se les figura que el darle a uno billete para el Círculo, o para los bailes de campo, les autoriza para tomarse ciertas libertades... Todos los que pasan a mi lado me miran. Dirán para sus adentros: «¡Qué chico tan elegante y tan distinguido! Ese es de Madrid...» porque se nos conoce a la legua... Se me figura que por más allá de San Francisco viene algo que no es vulgo... ¡Oh, fortuna!, son las de Cascajares. Bien decía yo que ese aire no era de por acá. Voy a saludarlas... —A los pies de ustedes... —Perfectamente, gracias... —Pues por aquí matando el aburrimiento... —Lo comprendo sin que ustedes me lo digan... —Ni tampoco sociedad... —Qué quieren ustedes, les falta *chic*... —También yo, en cuanto se marchen las amigas del Sardinero... —Creo que van primero a Ontaneda... —Y Pilar erisipela... —¡Qué maliciosas son ustedes! —Y Manolo ¿dónde anda?... —Entonces le veré en el Sardinero... —A los pies de ustedes.

¡Qué amables, qué discretas y qué distinguidas! Pues tampoco yo he sido rana... ¡Aquello de la erisipela lo dije con una travesura y un retintín!... A estos gomosos provincianos quisiera yo ver tiroteándose con las señoras del gran mundo. ¿Qué idea tendrán de él aquí! ¡Pobre gente!

Pues, señor, esta región ya está explorada. Ahora al Muelle. Allí lanzaré un par de flechazos a mis dos montañesitas, y en seguida tomo el tranvía para el Sardinero. De más tono sería un carruaje abierto, en que fuera yo recostado con esa indolencia voluptuosa que tan bien me va; pero no hay que hablar de eso en este pueblo atrasadísimo... Echo por los atajos para llegar primero.

¡Oh, qué brisa tan oportuna corre por aquí!... ¡Cómo juguetea con mis

cabellos y con las puntas sueltas de mi corbata!... ¡Debo estar hermosísimo en este instante!... Andaré un poco más de prisa, no se figure algún mentecato indígena que la Ribera ni las que en ella viven son capaces de llamar mi atención... ¡Voy de paso, sí, señores, nada más que de paso!... aunque demasiado conocerá la gente que, a estas horas, no puede venir por aquí con otro objeto un chico distinguido de Madrid.

Me parece que aquel mirador es el de una de ellas. Justamente... ¡como que está esperándome en él!... Pero no está sola... ¡Anda!, pues es *la otra* quien la acompaña. Serán amigas... Tanto mejor: así despacho de un solo viaje. ¡Hermosa carambola voy a hacer con cada mirada!... ¿qué digo carambola?, la discordia es lo que van a producir mis miradas, como la manzana del otro... ¡Suerte más provocativa!... Vayan, ante todo, un par de estirones de puño, haciendo, de paso, como que el sombrero me sofoca, para meter los dedos entre el pelo... A esos dos provincianillos que vienen por la otra acera, les haré un saludo desdeñoso; y dirán las chicas: «¡con qué desdén tan distinguido los trata!, ¡cómo los domina!...». ¡Agur!... ¡Qué fachas van!.. Las del mirador me han visto... Pues allá va la mirada... Ya la pescaron... Me miran de reojo y se sonríen y cuchichean. ¡Cómo disimulan la una con la otra! Luego será ella, cuando tratéis de ver quién se le lleva. Para vosotras estaba, inocentes... La verdad es que son monísimas... ¡Válgame Dios, qué estragos podía yo hacer en este pueblo si me lo propusiera! No miro a una que no me corresponda... Otro golpe de brisa. Todo me favorece hoy. ¡Es que estoy graciosísimo con estas arremetidas del aire!... Antes de perder de vista el mirador, voy a volver la cara... ¿No lo dije? Devorándome están con los ojos... Y para disimular más, se meten corriendo en casa, haciendo que ríen a carcajadas... ¡De cuánto fingimiento es capaz la mujer! Pues, señor, este fruto está ya sazonado; y aunque sea para entreplato, se aprovechará.

El *Suizo*. Con la disculpa de buscar a alguien, voy a darme un par de golpes de espejo... Perfectamente. ¡Qué hermoso estoy esta tarde!... Es que nunca ha sido mi cutis más blanco, ni han tenido mis ojos más hechicera languidez. ¡No me extraña que las del mirador hayan quedado fascinadas!... ¡Es mucho ese Madrid para chicos distinguidos!

Ahora, a tomar el tranvía y buscar a mi gente al Sardinero... ¡Ah, rubia!, te compadezco...

Me cargan a mí estos tranvías de provincia, por la morralla que va en ellos... Por supuesto que, como de costumbre, tendré que ir de pie en la imperial, porque en el interior es un poco pesado llevar tanto tiempo el ceño fruncido y la cara de asco... Y de otro modo no puede ir un chico distinguido como yo. Arriba, con la disculpa de mirar al mar, puede uno siquiera volver la espalda a todo el mundo sin violencia y sin que choque... Debería haber departamentos en estos carruajes.

III. En el sardinero

Esto ya es otra cosa... aquí puedo decir que estoy en mi casa. ¡Qué toaletas; qué *negligés* tan *chic*!... ¡Cómo se destacan las madrileñas!... y ¡cómo me destaco yo! Empecemos por buscar a los amigos; después a la rubia. La compañía le hace a uno más osado y hasta más elocuente... No los veo por ninguna parte... Pero en cambio veo a las de Potosí, que están aquí paseando. ¡Canastos!, vienen solas... ¿Y la rubia?... Lo más acertado será preguntar discretamente por ella... —Señoritas... —Muy bueno, gracias... —Sí, la tarde está hermosa para eso... —Ayer estaban ustedes más acompañadas... —Palabra de honor: jamás había visto a esa señorita. —Hermosa es, en efecto; pero ¿y qué?... —Ni tarde ni temprano... —¡Que se ha marchado ya?... —¡Oh!, no me admiro por lo que ustedes creen, sino por lo poco que ha estado aquí... —De modo que veinticuatro horas escasas... —Pues no vi yo a su papá. —¡Barrizales! ¿Luego ella es Lola Barrizales, la que estaba en un colegio de Alemania? Y ¿qué va a hacer ahora en Madrid?... —¡Que va a casarse en cuanto llegue?... —Nada hay de raro, en efecto, sino que... en fin, que sea enhorabuena. Y hablando de otra cosa, ¿han visto ustedes a Casa-Vieja y demás amigos por aquí?... —Lo siento, porque andaba buscándolos para un asunto... Veré si en la galería... A los pies de ustedes.

¡Horror y maldición! Conque era Lola Barrizales, y Barrizales es íntimo de papá, y ella supo quién era yo; luego aquellas miradas eran lo que yo me figuraba; y tal vez la sacrifican y ella quería decírmelo, y yo pude haberlo impedido con una sola entrevista... ¡Maldito coche en que se metieron ayer! ¡Lola Barrizales!, ¡bella, rica y distinguida!... ¡Qué ocasión para mí!, ¡qué ocasión perdida, dioses inmortales! Pero ¿tiene remedio ya este bárbaro contratiempo? Eso es lo que tengo que consultar con mis amigos, y voy a buscarlos ahora mismo a la galería... Entraré en ella muy pensativo y hasta cabizbajo, como quien lleva herido el corazón: esta actitud me irá muy bien. Entremos. ¡Cuánta gente elegante!... No están ellos aquí tampoco... En aquel extremo hay una silla desocupada... La ocupo... Dos chicas muy guapas se han fijado en mí. Buena ocasión para herirlas... Apoyo el codo en la barandilla, la cabeza sobre la palma de la mano, y me

pongo muy triste y melancólico. Siguen mirándome... Y dirán ellas: «Ese joven debe tener una gran pesadumbre: ¡qué hermoso es!» y me compadecerán... Ahora miro al suelo, apoyando la frente en mi mano; y como si quisiera ocultar alguna lágrima que enturbiara mis ojos, doy golpecitos en el pie con el bastón. Pero la angustia va en aumento, el disimulo no alcanza y vuelvo la cara hacia la ermita. Para expresarlo mejor, muerdo el pañuelo... Estoy así un ratito, como sollozando. ¡Qué hermoso debo estar!... Ahora, después de sonarme y guardar el pañuelo, debo levantarme y salir de prisa, ocultando la cara, como si mi dolor se aumentase entre la gente. Allá voy... Siguen mirándome las dos chicas, y creo que algunas más. No importa; yo no puedo, no debo, en esta situación, fijarme en nadie: a papá mismo negaría el saludo... ¡Magnífica salida he hecho! ¡Qué interesante he estado!... Me parece que he causado gran efecto. A la noche indagaré si se habló algo de mí después que salí de la galería.

Aquí afuera hay demasiada gente también, y no debo permanecer entre ella estando tan triste como estoy. Me voy del Sardinero a buscar la soledad que me corresponde. «Estuvo aquí un instante (debe decir la gente mañana) muy afectado, y se retiró en seguida sin saludar a nadie...» y habrá hasta quien crea que fui a los Pinares a levantarme la tapa de los sesos. ¡Magnífico! Esto me pondrá de moda.

Me vuelvo a la ciudad, a pie, por la Magdalena; y me ayudarán a conllevar las fatigas del camino mis tristezas. En marcha, pues.

IV. Otra vez en su cuarto

Resumen de mis meditaciones del camino: continuaré en Madrid la empresa malograda aquí. El destino me la arrebató soltera; yo haré que el diablo me la devuelva casada. (*Desnudándose enfrente del espejo.*) ¡Qué interesante me han puesto la pena y el cansancio!... Un amor contrariado con los correspondiente azares y escándalos, debe ser la ambición de todo hombre de mundo. La suerte quiere, por lo visto, que yo empiece por donde tantos calaveras han concluido. ¡Cúmplase mi destino, y adelante! Pero entre tanto, yo padezco y necesito distraerme. Me distraeré... abusando un poquito de mis ventajas... Esta noche al teatro; mañana al baile de campo con todos los recursos de mi hermosura, de mi distinción y de mi ropero. No me contentaré ya con la mirada y con la sonrisa; usaré también el billete perfumado, y luego el soborno, y después el escalamiento, y, por último, hasta el rapto, y, si es preciso, la estocada... Comencemos por vestirme de serio... ¡Juro a Dios que no me detendrán en mi carrera ni lágrimas ni amenazas! Yo no he traído esta contrariedad fatal; yo no me he colocado por mi gusto en esta actitud que ha de dejar memoria eterna en Santander. No se me pregunte luego por qué dejo víctimas detrás de mí:

«Soy el león... perseguido
que sacude la melena».

Y pues al cielo plugo hacerme sentir el fuego de una pasión, y arrebatarme el objeto que me la inspirara, de las cenizas que deje a mi paso esta llama abrasadora,

«responda el cielo, yo no».

José María de Pereda



José María de Pereda y Sánchez Porrúa (Polanco, 6 de febrero de 1833-Santander, 1 de marzo de 1906) fue un novelista español del periodo realista, autor de célebres novelas de costumbres. También fue político, afiliado al carlismo.

Sus obras más conocidas son Peñas arriba, De tal palo tal astilla, La puchera y, especialmente, Sotileza, que le dieron gran reconocimiento, lo cual dio lugar a que ya en 1872 fuese correspondiente de la Real

Academia Española.

Fue realista y costumbrista, próximo al Romanticismo y naturalismo. Fue descrito, así como todo lo relacionado con él, como perediano. Muchas de sus obras son de carácter autobiográfico.

Su corriente literaria más habitual era el realismo, al igual que su contexto histórico.

Rechazó las novedades del mundo moderno y ha pasado a la historia por ser uno de los maestros del costumbrismo y de la novela regional, pero supo trascender lo anecdótico para dotar a su obra de un cuidado y un vigor que traspasa el mero regionalismo y lo hizo con una forma moderna de gran valor literario.